

## EVARISTO RIBERA CHEVREMONT.

(San Juan, 1896-1976). Uno de los poetas más líricos de la poesía en Puerto Rico es, sin lugar a dudas, este enorme poeta de variada palabra. Todavía su obra dispersa en periódicos y revistas merece la pena de ser recopilada y estudiada. Sus libros iniciales, *Desfile romántico* (1914) y *El templo de los alabastros* (1919), quedaron excluidos de sus obras completas, por indicación del poeta. Posiblemente, se equivocó, pues esos libros, a pesar de ser fruto de sus primeros pasos, marcan un claro derrotero dentro de la poesía en Puerto Rico, especialmente el segundo. De él, divulgamos aquí el hermoso poema que recrea el *Cantar de los cantares* que también trató en las prosas que también publicamos. Muy cerca de los *Poemas del mundo negro*, de carácter demoníaco y apocalíptico, la imagen de la mujer que se presenta aquí se conecta con el gran tema de Fin de Siglo, la mujer fatal, y junto con ella el deseo y el placer emparentado con la muerte deseada.

### Nuevo Cantar de los Cantares

Oscúlame con ósculo de muerte,  
filtrador de diabólico veneno.  
Pruébeme tu caoba dulce y fuerte,  
cuando la bestia solicite el heno.

Canto de miel para tus labios rojos;  
agua de olor para tu carne fresca.  
Todo un cielo estelar para tus ojos  
en la suntuosa cámara arabesca.

Jerusalén te aclama, porque brindas  
tus camellos cargados de oro y mieles,  
morenos frutos y doncellas lindas,  
tiendas doradas y sedosas pieles.

Hija del sol y de la noche brava,  
consorte de los diablos amarillos;  
si eres reina, supiste ser esclava,  
y tu cuerpo es de escamas y de anillos.

Yo, Rey de Reyes y Señor de Imperios,  
el poderoso de los poderosos,  
pongo a tus pies enigmas y misterios  
y me duermo al sopor de tus reposos.

**¡Mátame, Reina, con el verso**

que es puñal en tus labios purpurinos;  
y, entre los lazos de tu cuerpo bruno,  
anúdame; y embriáguenme tus vinos!...

Allí, donde apacientas tus rebaños,  
bajo el tórrido sol del mediodía,  
se abrió la rosa de tus quince años,  
y, desde entonces, dije: «¡Tú eres mía!».

Cuando pasas, brillante tu hermosura,  
humillando las aguas y las flores,  
al sentir tus efluvios de ternura,  
se quedan, alelados, los pastores.

Tras de ti fue mi audaz caballería  
para apresarte en irrompible lazo,  
y tu ánima, indómita y bravía,  
se rindió pronto a mi seguro abrazo.

Deslumbrado, mi bien, por los collares  
de perlas, que circundan tu alto cuello,  
tejí un nuevo Cantar de los Cantares  
en la giba dorsal de mi camello.

Alucinado por los fieros brillos  
de tus negras pupilas, di el sonoro  
verso, para engarzarlo en tus zarcillos  
y tus sutiles gargantillas de oro.

Ven, Sulamita, a mi reclinatorio,  
que ya los nardos dieron su fragancia,  
y en la blanca virtud del oratorio,  
el Rey su vino de pasión escancia.

No pudieron los bárbaros afanes  
del poder, detenerte, Sulamita;  
ni el brazo rudo de los Capitanes  
logró domar tu intrepidez semita.

Salta, salta por montes y collados,  
corza de amor, ligero cervatillo;  
y embriáguente los soplos perfumados  
y el trovar blando de mi caramillo.

Las flores, suspirante, han oído  
el llanto de la tórtola en la selva.

**¡Oh, amor, divina sombra, fresco nido,**  
cuándo será que tu caricia vuelva!

La higuera es toda ardor. Llega la poda.  
Las viñas dan su olor. Ríe la fuente...

**¡Es el instante de la vieja boda**  
en que el Rey Salomón rinde la frente!

Ahora palpo mi lecho y no te encuentro.  
**¿Dónde estás, novia mía, flor de mayo?**  
Para dar con tus huellas, busco el centro  
y me amenaza el iracundo rayo.

A todos yo pregunto por la Amada;  
a todos, al Guardián de los Guardianes,  
en cuya mano audaz fulge la espada  
de los más valerosos Capitanes.

En la paz tenebrosa del desierto,  
una vara de humo me señala  
el lugar en que yace el templo abierto;  
allí el enebro su perfume exhala.

Toda eres miel y leche, Sulamita.  
Yo gusté de tu alma, ¡tan secreta!;  
y en una tenue languidez marchita,  
oí cómo crecía la violeta...

Así, fuerte entre fuerte, te vi muda,  
tendida entre los rasos y las pieles;  
indomable, magnífica, desnuda,  
como un ánfora llena de áureas mieles.

Tu cuello era columna de basalto;  
tu trenza era una noche de luceros;  
y tu talle, pantera que da un salto  
para engullir blanquísimos corderos.

Toma en un haz mis bíblicas canciones,  
perfumadas de enebros y de nardos.  
Mas, oirás cómo rugen mis leones  
y cómo te acarician mis leopardos...

Envuélveme en tu traje de oro y seda;  
embriágame en tu lengua de ambrosía;  
tu pelo suave y perfumado enreda  
en mi cuerpo serpiente de alegría.

Púnzame con los picos de tus pechos;  
destílamme, en tu beso, la madura  
pasión que riega almíbar en tus lechos  
y que supo vencer a mi armadura...

Cantaremos tus manos de Jacinto,  
y tu vientre moreno, el que se pliega  
como el de alguna estatua que en su plinto  
al beso ardiente del amor se entrega.

Eternamente, guardaré la entrada  
al templo en que me aguardas, Sulamita:  
yo seré, con mi escudo y con mi espada,  
el Guardián de Guardianes de la Ermita.

Y pastorearé tus blancos dientes,  
como ovejas, en campos escarlata;  
y mis caballerías relucientes  
irán vestidos de azafrán y plata.

Ven otra vez, ¡oh, hermosa Sulamita!,  
envuelta en piel de tigre; te espera,  
en la penumbra azul, mi ansia infinita  
semiagachada, como una pantera.

Ven, la noche es lo mismo que tu boca;  
Tiene perfumes y deleites: mata.  
Ven a darme tu amor, pero ven loca...

**¡Quiero la muerte en ánfora de plata!...**<sup>24</sup>

---

<sup>24</sup> Evaristo Ribera Chevremont, *El templo de los alabastros*, Madrid, Ediciones Ambos Mundos, 1919; pp. 187-191.